

Vientos de conspiración en *Los siete locos*. *Los lanzallamas*¹

Abstract: This paper discusses the novel *Los siete locos* and its continuation, *Los lanzallamas*, by Roberto Arlt in connection with the various images of revolution in play in Argentine society, both before and after the *coup d'État* of 1930. This complex of images was composed of the sparse vestiges of fascist and communist discourses spread in different sectors of the intellectual field, as well as of discourses of associations linked to occultism and to theosophy. Our hypothesis is that Arlt captures the ideological atmosphere and the functioning of the political power in Argentina, and casts them in the forms of plot and conspiracy. That is why in *Los siete locos* and *Los lanzallamas* the main characters conform to the myth of the revolutionary—and are, then, conspirators—, and secret societies, double identities, secret agents, charismatic leaderships, relations based on obedience and betrayal predominate.

Keywords: *Los siete locos*. *Los lanzallamas*, political conspiracy, 1930 coup, revolution.

Resumen: Este trabajo analiza el ciclo novelístico conformado por *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, de Roberto Arlt en relación al imaginario social de la revolución que se activa antes y después del golpe de Estado de 1930, un imaginario compuesto por los restos dispersos de los discursos fascistas y comunistas que circulaban en ese entonces en diversos sectores del campo intelectual, y el discurso de las asociaciones ligadas al ocultismo y la teosofía. La hipótesis sostiene que Arlt capta, bajo las formas de la conspiración y del complot, el clima ideológico reinante y el modo en que, en ese momento, estaba funcionando el poder político en la Argentina. Es por ello que en *Los siete locos*. *Los lanzallamas*, predominan los personajes que son portadores del mito revolucionario—y por eso son conspiradores—, las sociedades secretas, las dobles identidades, los agentes encubiertos, los liderazgos carismáticos, las relaciones basadas en la obediencia y la traición.

Palabras clave: *Los siete locos*. *Los lanzallamas*, conspiración política, golpe de Estado de 1930, revolución.

Difícil sería considerar a la narrativa de Roberto Arlt como el espejo “que paseamos a lo largo del camino” del que habla uno de los epígrafes más célebres de la novela *Rojo y negro* de Stendhal, explicitando las bases del realismo como una poética que procura ocul-

tar los artificios de su propia producción ficcional². No obstante, podría afirmarse que el ciclo novelístico conformado por *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, es, al igual que un espejo curvo, un espejo que produce imágenes distorsionadas que, en esa misma distorsión, evoca la realidad reflejada, pero, a la vez, la vuelve extraña; un espejo que “refleja” de manera distorsionada y desmesurada las circunstancias históricas, políticas, sociales y culturales de su época para dar cuenta de la sociedad inestable y en crisis de finales de los años veinte en la Argentina.

En efecto, en *Los siete locos. Los lanzallamas*, Arlt elabora una representación no realista de los tópicos ideológicos que atraviesan su época, ya que la obsesión por el poder recorre ambas novelas y es el centro del delirio de todos sus personajes. Se discuten y se representan, desde las perspectivas de un loco, de un delirante o de un visionario, los modelos de un orden social posible — como el fascismo o el comunismo —, las vinculaciones entre los valores y el poder, o los modos factibles de alterar las relaciones entre el poder y el saber³. Sus protagonistas se preguntan una y otra vez qué hacer con un mundo de donde los dioses se han ido, y cómo ofrecer, a una sociedad desencantada e incrédula, una nueva mitología que organice un sistema de creencias y otorgue sentido a los actos de una vida.

Por lo tanto, *Los siete locos. Los lanzallamas*, dan cuenta de la Argentina de las primeras décadas del siglo veinte, un mundo que ha perdido su fe — y que, por lo tanto, ha perdido el sentido de sus actos —; una sociedad en crisis, que ha perdido sus valores y sus creencias. Dan cuenta del desencanto de una sociedad que, enfrentada a la incapacidad de las formas democráticas de gobierno de cumplir con los ideales de igualdad social, busca otro tipo de liderazgo — el liderazgo personal como base de la organización del sistema político —, y otra forma de organización del poder — la sociedad secreta, un modelo de organización clandestino, basado en el secreto —⁴. Si así lo hacen es porque ambas novelas trabajan con el imaginario social de la revolución que se activa fuertemente antes y después del golpe de Estado de 1930, un imaginario de la revolución compuesto por los restos dispersos de los discursos fascistas y comunistas que circulaban en ese entonces en diversos sectores del campo intelectual, y el discurso de las asociaciones ligadas al ocultismo y la teosofía, que Arlt conocía muy bien no sólo como experiencia personal (como ya lo había escrito en *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*, de 1920) sino porque eran discursos recurrentes en los medios masivos de las primeras décadas del siglo.

La hipótesis de este trabajo sostiene que *Los siete locos. Los lanzallamas*, captan ese imaginario social de la revolución, y lo repre-

sentan a través de la conspiración como modelo de intervención política en la Argentina de finales de la década del veinte, un modelo de intervención que efectivamente estaba siendo llevado a cabo por amplios sectores de la sociedad civil y del ejército, y que, a su vez, abrevaba en el imaginario abierto por la revolución rusa.

La Argentina “pre-revolucionaria”

Como se aclara en una “Nota del autor”, *Los siete locos*, fue escrita en los años 1928 y 1929, cuando las violentas discusiones políticas, la lucha por el poder y la crisis de representación desembocarían en el golpe de Estado del 6 de setiembre de 1930. Los antecedentes del golpe de Estado se remontan a los meses previos a los comicios presidenciales de abril de 1928, que conducen a Hipólito Yrigoyen a su segunda presidencia de la Nación. Durante esos meses de 1928 se consolidó una alianza entre un sector de la Unión Cívica Radical—los “antipersonalistas”—y los conservadores, que buscó evitar, por todos los medios, que Yrigoyen retornara a la presidencia del país. Ya en ese momento, se pensó en un golpe de Estado que suprimiera y “organizara” las elecciones, y desde ese entonces, imperaron en la Argentina tanto el clima conspirativo de quienes intrigaban en contra del gobierno como la amenaza de una intervención militar, como único modo de resolución de los conflictos políticos⁵.

Los diarios fueron la caja de resonancia de ese clima conspirativo. A comienzos de 1928, reproducen el rumor de que el general Agustín P. Justo, ministro de guerra del presidente Marcelo T. de Alvear, conspiraba desde el interior del gobierno para instaurar una dictadura militar que detuviera el temible retorno de Yrigoyen al poder. Si bien el general Justo desmintió el rumor en una carta abierta publicada en el diario *La Nación*, y el diario *Crítica*—uno de los actores fundamentales en la preparación y consumación del golpe de Estado—defendió el estado de derecho frente a una intervención militar, la conspiración siguió en marcha. De este modo, los diarios mostraban una realidad pública que poco tenía que ver con lo que efectivamente estaba pasando ya que tanto el general Justo como el diario *Crítica* formaban parte de la conspiración que llevaría al general José Félix Uriburu al poder, una conspiración cuyo objetivo era la revolución.

En el marco de este clima político enrarecido y pre-revolucionario, Arlt termina de escribir *Los siete locos* en setiembre de 1929. La novela capta, mejor que nadie, una sociedad al borde del estallido porque coloca a la conspiración en el centro del escenario político y la convierte en el móvil de las acciones de sus personajes. En este senti-

do, poco importa si se trata de una conspiración cuyos presupuestos ideológicos son de derecha o de izquierda ya que Arlt capta, bajo las formas de la conspiración y del complot, el modo en que, en ese momento, estaba funcionando el poder político en la Argentina. Capta, en palabras de Ricardo Piglia, la maquinación oculta que explica los acontecimientos, y hace del complot la clave de interpretación de las leyes de funcionamiento de la sociedad⁶.

A su vez, capta algunos de los ejes más problemáticos que atravesaban a los sectores que conspiraban contra el gobierno de Yrigoyen. En primer lugar, el carácter faccioso y no ideológico del vínculo que unía a un grupo conformado por socialistas, conservadores, radicales, nacionalistas y militares. La muy citada frase del Astrólogo “no sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista. A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni Dios la entienda”⁷, no hace sino describir lo que realmente estaba sucediendo en la política argentina, cuando sectores históricamente enfrentados como socialistas y nacionalistas o radicales y conservadores, conformaron una alianza conspirativa.

En segundo lugar, percibe la incertidumbre sobre cuál sería la participación real de los civiles en un gobierno militar. El choque de intereses entre los civiles y los militares complotados – choque de intereses que se profundizaría después del golpe de Estado – se introduce en la novela a través del ingreso del Mayor en la Sociedad Secreta liderada por el Astrólogo e integrada por Erdosain, Haffner (el Rufián Melancólico), el Buscador de Oro y el Abogado, que se proponen, también ellos, imponer una dictadura a través de una revolución político-social.

En su parlamento de presentación, el Mayor sostiene la necesidad de infiltrar al ejército porque está “minado de oficiales descontentos” que descreen de las teorías democráticas y del parlamento. Postula la existencia real de una dictadura porque el ejército se considera la fuerza específica del país, un estado superior dentro de una sociedad inferior representada por “políticos ignorantes y mentirosos, bandidos vendidos a empresas extranjeras que envilecen el país”. Una de sus propuestas es generar un clima de desestabilización social a través de atentados y proclamas antisociales que instauren en el país “la inquietud revolucionaria”:

Cuando numerosas bombas hayan estallado por los rincones de la ciudad y las proclamas sean leídas y la inquietud revolucionaria esté madura, entonces intervendremos nosotros, los militares... Sí, intervendremos nosotros, los militares. Diremos que en vista de la poca capacidad del gobierno para defender las instituciones de la patria, el capital y la familia, nos apoderamos

del Estado, proclamando una dictadura transitoria. (...) Culparemos al gobierno de los Soviets de obligarnos a asumir una actitud semejante y fusilaremos a algunos pobres diablos convictos y confesos de fabricar bombas. Suprimiremos las dos cámaras y el presupuesto del país será reducido a un mínimo. La administración del Estado será puesta en manos de la administración militar. El país alcanzará así una grandeza nunca vista (1985, p. 138).

Frente al discurso del Mayor – voz militar en el texto – se anuncia, con el retiro del Abogado de la reunión y en palabras de Erdosain, la objeción civil frente a la palabra militar, que señala el conflicto latente entre los militares y los civiles que están conspirando contra Yrigoyen, y también, los límites y los riesgos de la participación militar en una revolución social:

– Su idea es hermosa – dijo Erdosain –, pero el caso es que nosotros trabajaremos para ustedes...

(Mayor) – ¿No querían ser ustedes jefes?

(Erdosain) – Sí, pero lo que recibiremos nosotros serán las migajas del banquete...

(Mayor) – No, señor... usted confunde... lo pensado...

(...)

(Erdosain) – Es absurdo que estemos hablando de dictadura militar. A nosotros, sólo pueden interesarnos los militares plegándose a un movimiento rojo (1985, p. 138).

Los conflictos esbozados en el encuentro entre el Mayor y el resto de los integrantes de la sociedad secreta, como los eventuales conflictos entre sus jefes, son rápidamente desactivados por el Astrólogo: “Señores... nosotros no nos hemos reunido para discutir orientaciones que no interesan ahora... sino para organizar las actividades de los jefes de célula. Si están dispuestos, vamos a empezar” (1985, p. 138). El Astrólogo desactiva el conflicto pero no lo resuelve porque en setiembre de 1929, momento en que se termina de escribir *Los siete locos*, el conflicto de intereses entre civiles y militares continuaba abierto.

La Argentina “revolucionaria”

En cambio, cuando Arlt está terminando de escribir *Los lanzallamas*, la segunda parte de *Los siete locos*, que, como aclara una nota del Comentarista, finaliza en los primeros meses de 1931, hacía ya unos meses que “la revolución” había triunfado en las calles de Buenos Aires. El golpe de Estado de setiembre de 1930 fue concebido como una revolución tanto por sus participantes directos como por los medios de comunicación masiva, que fueron quienes narraron una primera historia del golpe de Estado.

En efecto, ante la incertidumbre política, social y económica abierta por el golpe, y enfrentados a la necesidad colectiva de otorgarle un sentido a la crisis política y al equilibrio institucional amenazado, los periódicos articularon —retomando figuraciones, imágenes y percepciones ya presentes tanto en los discursos políticos como en los comunicados oficiales— una primera representación del golpe de Estado. Esta representación, global y unificadora, encontró en la palabra “revolución” su anclaje más firme. De este modo, al designar al golpe de Estado como revolución, la prensa —entre otros actores— supo activar uno de los mitos políticos modernos más poderosos, otorgándole al golpe de Estado una tradición política heroica que, a su vez, organizó un sistema de valores fundante de una nueva legitimidad. Si en el plano de las mentalidades, como señala Bronislaw Baczko, la mitología nacida de un acontecimiento prevalece a menudo sobre el acontecimiento mismo⁸, la palabra “revolución” estimuló la producción acelerada de significaciones que imaginaron un presente abierto hacia un futuro diferente: en los diarios de la “jornada revolucionaria”, la ciudad de Buenos Aires fue el escenario celebratorio donde el pueblo, mancomunado con el ejército, proyectó la imagen ideal de una Nación que se había levantado contra la tiranía, en defensa de su libertad⁹.

En el marco de las numerosas notas sobre los sucesos políticos que los periódicos de Buenos Aires publicaron durante la semana revolucionaria, aparecieron las *Aguafuertes Porteñas* de Arlt en el diario *El Mundo* que, como pocas veces antes, introducen la coyuntura política como tema. Arlt, al igual que otros periodistas, es testigo directo de los acontecimientos y participa activamente de la “jornada cívica” del 6 de setiembre. Por la mañana, recorre la ciudad a bordo de un camión del ejército que conducía tropa militar desde Flores hacia el centro. Allí asiste al desfile de los cadetes del Colegio Militar por la calle Callao, conversando con uno de los tenientes. En dos notas, como en otras crónicas periodísticas ya mencionadas, prevalece nuevamente la imagen de la revolución como una fiesta popular:

El teniente Labocat, al frente de sus cadetes, me decía:

— ¡Diga si esta no es una fiesta...!

Efectivamente, de todos los balcones de Callao les tiraban flores. Muchachas trajeadas como si se tratara de concurrir a una fiesta, abrían desde lo alto paquetes de bombones y los arrojaban a los caminantes, que desde las cuatro de la mañana no habían probado bocado, como no fuesen algunas naranjas, etc. etc.¹⁰

Esta revolución ha sido macanuda porque no tenía intervalos espaciados, donde los participantes pasaban bruscamente de un extremo a otro. Por ejem-

plo, en el recorrido de la calle Callao efectuado el sábado por los cadetes, todo iba en la gloria pues en los balcones muchachas de todas las edades y matices pigmentarios, arrojaban chokolatines, bombones, ramitos de violetas y de claveles. (...) En fin, aquello era un paseo, una revolución sin ser revolución; todas las muchachas batían las manos y lo único que faltaba era una orquesta para ponerse a bailar. (...) En realidad, si esta revolución tuvo algo de tal, fue cuando se produjeron los choques frente a *La Época* y a la tarde en el Molino. Suprimiendo las persecuciones policiales y las barbaridades de gente que no se daba cuenta qué catástrofe podían provocar, el panorama popular era de regocijo y de fiesta. Era realmente cosa de decir: "Tutti contenti". La población había subido a las azoteas; los aeroplanos describían círculos sobre la ciudad y numerosas personas se dirigían al centro "para mirar la revolución". Y es que, si algo puede afirmarse de la población porteña, es lo siguiente: Somos o constituimos el pueblo más balconeador del planeta. Sin grupo. No nos afligimos por nada. No nos impresiona nada. (...) Automóviles con chapas de todos los parajes de la República hacían cola, uno tras otro, moviéndose despacio por la rúa. Lo único que faltaban eran serpentinas. En serio. Serpentinas y caretas. Y el orgullo con que la gente miraba a sus prójimos parecía decir: "Bueno: ahora nosotros también tenemos nuestra revolución"¹¹.

Cierto escepticismo burlón sobrevuela el tono de las notas cuando Arlt habla de la revolución. Lejos del sentimiento patriótico sostenido por los diarios, Arlt capta el carácter de festividad plebeya que hay en las calles; una festividad plebeya más parecida al carnaval que a un suceso político. No se trataría, no obstante, del carnaval bajtiniano de subversión de valores y reafirmación de lo popular, sino de la celebración despolitizada de un conjunto de curiosos. "Una revolución sin ser revolución", sostiene Arlt; en otras palabras: una mascarada.

Una mascarada, es cierto, pero una mascarada que aun así lo atrae pues las expectativas que le despierta el gobierno militar son grandes, porque su desprecio por los políticos es mayor. Dice en octubre de 1930:

Me he convertido en balconeador de los politiqueros desde que el Gobierno Provisional ha empezado a barrer y a fregar. Y gozo. Mentiría si lo negara. Gozo. Sin ser un perverso que se deleita en los males ajenos, paladeo la catástrofe que les ha caído por la cabeza a los políticos profesionales. Pienso que en breve tendremos nuevamente reintegrados a sus establos y calabozos y leoneras a numerosos ciudadanos. (...) Y en tanto escucho; escucho lo que dicen los diputados cesantes a quienes el Estado pagaba mil quinientos pesos mensuales para que charlaran y oficiaran de padrastrós de la patria. (...) Para muchos ciudadanos, lo más que se alcanza al llegar a diputado, es un sueldo. Pues bien: esa gente está equivocada. Un voto, un voto de diputado dispuesto a venderse, vale mucho, y en nuestro régimen democrático (ya ven para lo que sirve la democracia), tenemos el caso de diputados y senadores sospechosos de tramoyas. El bloque radical se valía de su mayoría parlamentaria, perfectamente "democrática", para imponer, por curiosa contra-

dicción, resoluciones antidemocráticas y antipatrióticas si el patrón del grupo lo exigía. Lo único que faltó fue que rifaran el país¹².

Su escepticismo ante los discursos de los políticos junto con la mentira y falsedad que descubre en sus propuestas, lo llevan a cuestionar las bases del sistema democrático y a coincidir con las posiciones más extremas, focalizando la crítica en el socialista independiente Antonio de Tomaso, dirigente de un partido que después de haber participado activamente en la preparación y consumación del golpe de Estado, durante 1931 presionaba al gobierno militar para que convocara a elecciones generales. Hacia abril de 1931, en una de las pocas opiniones políticas que Arlt emite en sus *Aguafuertes*, sostiene y subraya su coincidencia política con el gobierno militar: “Yo no creo en la democracia. Lo he dicho un montón de veces, y en eso coincidimos el General y yo. Tampoco creo en los votos. En eso coincidimos el señor Sánchez Sorondo y yo. En cambio, no coincidimos Di Tomaso y yo. En términos concretos y robustos: no creo en el queso”¹³.

En ese clima político, se publica, en marzo de 1931, la tercera edición de *Los siete locos*. En esta tercera edición, Arlt agrega una perturbadora aclaración, después del ingreso del Mayor en la Sociedad Secreta, que figura en una nota al pie en el texto como “Nota de autor”:

Esta novela fue escrita en los años 28 y 29 y editada por la editorial Rosso en el mes de octubre de 1929. Sería irrisorio entonces creer que las manifestaciones del Mayor han sido sugeridas por el movimiento revolucionario del 6 de setiembre de 1930. Indudablemente, resulta curioso que las declaraciones de los revolucionarios del 6 de setiembre coincidan con tanta exactitud con aquellas que hace el Mayor y cuyo desarrollo confirman numerosos sucesos acaecidos después del 6 de setiembre (1985, p. 137).

¿Por qué Arlt introduce esta “Nota de autor” en marzo de 1931, cuando todo lector sabía que se trataba de una tercera edición (dato que, además, figuraba en el libro)? ¿Por qué esta necesidad de aclarar fechas y dar precisiones sobre los tiempos reales de su escritura? Se podrían pensar varias respuestas. La más obvia es pensar que Arlt buscaba evitar la censura de la novela, en un momento en el cual el gobierno de Uriburu clausuraba a los diarios opositores y ejercía censura previa en los demás. Menos obvio es pensar que, por medio de la nota, Arlt adjudicaba a su literatura la capacidad de predecir y profetizar el futuro. Como ha señalado Aníbal Jarkowski, fue el mismo Arlt el primero en promover y capitalizar las virtudes adivinatorias de su ficción: Arlt “descarta haber copiado la realidad para componer el discurso de su personaje, y se atribuye luego el mérito de la anticipación.

Con el regocijo de un adivino que acertara con sus predicciones, Arlt asiste a la verificación empírica de su idea más intensa: la ficción, performativamente, crea lo real”¹⁴. José Amícola coincide, en un punto, con la lectura de Jarkowski al sostener que Arlt incorpora *a posteriori* la nota al pie “para hacer gala de su olfato político con respecto a las alternativas golpistas de la Argentina en 1930”¹⁵.

Evitar la censura, entonces, o convertir en profética su práctica literaria. Sin embargo, a la luz de los discursos políticos y sociales que circulaban en ese momento, más que profética, *Los siete locos*, se revela como una caja de resonancia de discursos realmente existentes. Con la incorporación de la nota al pie, la estrategia de Arlt no responde a una búsqueda de exactitud en cuanto a las fechas, sino a todo lo contrario: con la nota al pie, Arlt inscribe las palabras del Mayor en el marco del golpe del 6 de setiembre de 1930 para actualizar los contenidos ideológicos de su novela.

Sin embargo, y paradójicamente, cuando Arlt señala que las declaraciones de los revolucionarios del 6 de setiembre coinciden con las palabras del Mayor, convierte a los delirios de un loco, o de un impostor — ambigüedad que la novela mantiene hasta el final —, en un discurso realista. Al actualizar el discurso del Mayor, Arlt hace lo que hasta entonces había evitado: incorporar sin mediaciones un discurso realmente existente; incorporar, de un modo realista, las palabras de los militares. Es por eso, quizá, que el Mayor desaparece como personaje de *Los lanzallamas*: para Arlt, los discursos realistas son poco interesantes y el discurso del Mayor ha dejado de ser el discurso de un alienado para convertirse en el discurso mimético de un militar metido en política.

Por las mismas razones, reaparece el Abogado, el militante comunista que había sido expulsado de la sociedad secreta después de la incorporación del Mayor; el único personaje que, como apunta Amícola, es descrito como un individuo digno y que está por encima de los demás (1981, p. 70). El Abogado regresa a la casa del Astrólogo para terminar una discusión sobre las relaciones entre civiles y militares, por un lado, y las relaciones entre los militares y la revolución, por otro, que, como antes se señaló, *Los siete locos*, había dejado abierta. La situación política en la que se inscribía esa discusión ha cambiado: entre aquella primera confrontación y la escena en que el Abogado regresa para conversar con el Astrólogo, se ha instaurado la dictadura militar en la Argentina. Y el Abogado regresa para escuchar, precisamente, cuál es la posición del Astrólogo, y de la sociedad secreta, frente al advenimiento de los militares en el poder.

El eje, como se ve, es otro: ya no se trata de resolver un conflicto interno a un grupo de complotados sino de reflexionar sobre la toma de posición de un sector de ese grupo (los civiles) frente a una dictadura militar existente. El Astrólogo reitera el apoyo a los militares porque “harán disparates” y crearán en el pueblo, a través de la opresión y la dictadura, una conciencia revolucionaria y comunista.

El sujeto revolucionario también ha cambiado: ya no es un pequeño grupo de iniciados — de hecho, la sociedad secreta se disuelve en las páginas de *Los lanzallamas* — sino un grupo de pertenencia — “los comunistas” — que atraviesa clases, profesiones y fronteras:

Estamos distribuidos en todas las tierras, bajo todos los climas. Somos hombres subterráneos, algo así como polillas de acero. Roemos el cemento de la actual sociedad. Lo roemos despacio, pacientemente. Por cada encarcelado, por cada hombre martirizado en las soledades de las celdas policiales, brotan diez oscuros hombres subterráneos. En todas las clases, querido amigo. Sí, en todas las clases. Hay ya sacerdotes comunistas, militares comunistas, ingenieros comunistas, químicos comunistas, literatos comunistas. Nos hemos infiltrado como lepra en todas las napas de la humanidad. Somos indestructibles. Crecemos día por día, insensiblemente. Nuestra odisea roja atrae hasta a los hijos de los capitalistas¹⁶.

Como no podría ser de otro modo, el Abogado, nuevamente, será expulsado: si para los comunistas revolucionarios es “más útil generalito déspota y loco, que un revolucionario sentimental y bien intencionado” (1977, p. 85), el objetivo es la “eliminación absoluta” de los sentimentales militantes comunistas, esos “individuos nulos para emprender una acción enérgica” (1977, p. 87), cuya eficacia en la labor proselitista es nula: “se la pasan escribiendo proclamas con una sintaxis ridícula y una ortografía pésima” (1977, p. 77).

El Abogado, en tanto revolucionario de palabra y no de armas, no tiene cabida en el universo arltiano. Si bien es el único personaje que se enfrenta al Astrólogo y se retira de su casa — y de la novela — después de pegarle “un cross de izquierda a la mandíbula” — ese “cross” tan deseado por la literatura de Arlt —, ese golpe, ese “cross a la mandíbula”, es ineficaz porque en lugar de herir a su adversario le rompe su propia mano. Con la expulsión del “revolucionario sentimental”, Arlt denuncia, como sostiene Sarlo cuando caracteriza la narrativa arltiana, los límites de cualquier cambio que no sea radicalmente revolucionario y que no destruya las condiciones existentes. No importa cuál sea el sentido de ese cambio, lo que importa es que sea total¹⁷. No hay lugar, en las novelas de Arlt, para las prácticas reformistas porque se descrea fundamentalmente del Estado moderno y capitalista que

instaura instrumentos estatales de control social basados en la tortura y el castigo pre-modernos. Dice el Astrólogo refiriéndose a los cabecillas proletarios cuando caen presos:

las penas más leves consisten en el destierro para los inculpados, y las más graves, la cárcel, con el corolario de los tormentos policiales más extraordinarios, como ser retorcimiento de testículos, quemaduras, encierro de los inculpados en invierno en calabozos a los que se les arroja agua. A las mujeres de filiación comunista se les retuercen los senos, se les arroja pimienta en los órganos genitales; todos los martirios que pueda inventar la imaginación policial son puestos al servicio del capitalismo por los empleados de investigaciones de todos los países de Sudamérica" (1977, p. 86).

Y si bien es cierto que las denuncias periodísticas por las torturas cometidas contra los presos políticos tomarán estado público durante los primeros días de la presidencia del general Agustín P. Justo, en febrero de 1932, también es cierto que eran un secreto a voces en los círculos políticos y en las redacciones periodísticas donde Arlt estaba escribiendo sus libros.

Las novelas de Arlt trabajan entonces con el imaginario social de un momento muy particular de la política argentina y con el imaginario de la revolución, sea de izquierda o de derecha, en la Argentina de comienzos del siglo veinte. Es por ello que en *Los siete locos. Los lanzallamas*, predominan las sociedades secretas, las conspiraciones, las dobles identidades, los agentes encubiertos—Erdosain piensa que el Astrólogo podría ser un delegado bolchevique—, los liderazgos carismáticos, las relaciones basadas en la obediencia y la traición. Sus personajes son los portadores del mito revolucionario—y por eso son conspiradores—, del mismo modo en que otros personajes de la obra de Arlt son portadores de los grandes mitos que subliman los fantasmas de los argentinos de capas medias: el mito de la fuga de la ciudad rumbo al campo puro y limpio, el mito de la búsqueda del sentido de la vida y la felicidad, el mito de la destrucción de las ciudades por sociedades secretas, con redenciones apocalípticas de todas las humillaciones¹⁸.

Los siete locos. Los lanzallamas, es, por lo tanto, una obra del realismo y, a su vez, una obra de la modernidad porque demuestra que para captar las realidades de la vida moderna, que son fragmentarias, fantasmales, contradictorias, es preciso representar esas realidades de modo fragmentario, distorsionado, fantasmal.

Notas

1. Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Internationales Symposium "Moderne in den Metropolen: Roberto Arlt und Alfred Döblin", Im Rahmen des Metropolen programms Buenos Aires – Berlin 2004, Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz, Berlin, 30 de setiembre a 2 de octubre de 2004. Agradezco los comentarios recibidos por sus participantes.
2. El epígrafe corresponde al capítulo XIII titulado "Las medias caladas", y está firmado por Saint-Real. Stendhal. *Rojo y Negro*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1983. p. 84.
3. Sarlo, Beatriz. "Guerra y conspiración de saberes" en *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
4. Para un análisis de los discursos ideológicos en las ficciones de Arlt, véase Amícola, José. *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*. Buenos Aires: Weimar, 1981.
5. Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Tomo I. Buenos Aires: Emecé, 1981.
6. Piglia, Ricardo. "Una trama de relatos" en *Crítica y ficción*. Buenos Aires: Siglo veinte, 1990. p. 65.
7. Arlt, Roberto. *Los siete locos*. Buenos Aires: Losada, 1985. p. 31. Todas las citas corresponden a esta edición.
8. Baczkó, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991. p. 12.
9. Analicé la presencia del discurso conspirativo en la prensa porteña durante los meses previos al golpe de Estado, en Sylvia Saitta, "6 de setiembre de 1930 o el mito de la revolución" en Godoy, Cristina (compiladora). *Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios*. Prefacio de Hayden White, Madrid – Buenos Aires: Miño y Dávila, 2002. pp. 179-198.
10. Arlt, Roberto. "¡Donde quemaban las papas!" en *El Mundo*. 7 de setiembre de 1930.
11. Arlt, Roberto. "Balconeando la Revolución" en *El Mundo*. 8 de setiembre de 1930.
12. Arlt, Roberto. "Macaneo del profesionalismo político" en *El Mundo*. 6 de octubre de 1930.
13. Arlt, Roberto. "Del que vota en blanco" en *El Mundo*. 23 de abril de 1931.
14. Jarkowski, Aníbal. "La colección Arlt: modelos para cada temporada" en *Cuadernos Hispanoamericanos. Los Complementarios 11*. julio de 1993. p. 24.
15. Amícola, José. "Elogio de la razón y la locura" en Arlt, Roberto. *Los siete locos. Los lanzallamas*. Edición crítica coordinada por Mario Goloboff. México: Fondo de Cultura Económica, Colección Archivos, 2000. p. 681.
16. Arlt, Roberto. *Los lanzallamas*. Buenos Aires: Losada, 1977. p. 95. Todas las citas corresponden a esta edición.
17. Sarlo, Beatriz. "Roberto Arlt, excéntrico". Liminar de Roberto Arlt, *Los siete locos. Los lanzallamas*. Edición crítica coordinada por Mario Goloboff. México: Fondo de Cultura Económica, Colección Archivos, 2000.
18. Avellaneda, Andrés. "Clase media y lectura: la construcción de los sentidos" en Arlt, Roberto. *Los siete locos. Los lanzallamas*. Edición crítica coordinada por Mario Goloboff. México: Fondo de Cultura Económica, Colección Archivos, 2000.